

Año 4 Número 10 Agosto de 2017



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Umbral

Revista Literaria

YS

Colaboraciones

Apache Beltrán Eric J. Lagarrigue Francisco Vernet
Ignacio Castellanos Jonatan Bedoya Pedro Moreno Mora
Silvia Campero Víctor Álex Hernández Víctor Pardo

Sociedad colectiva

La individualidad, a pesar de ser casi inexistente en nuestra raza, fue reconocida y valorada casi tanto como la identidad. Ahora sabemos que mientras vivamos en sociedad el concepto de individuo se transforma en sujeto «sujeto a una sociedad».

La individualidad nunca fue apreciada por razones de supervivencia y evolución, y ahora que disponemos de varias herramientas de comunicación podemos ver reflejado todo esto en las diversas manías humanas que demuestran nuestras ansias por estar comunicados, por expresarnos, por sentirnos y sentir cada vez más. Las conductas podrán variar dependiendo de la raza y de muchos factores más, pero hemos dejado claro que buscamos vivir en sociedad, tenga sus aspectos positivos como negativos.

¿Y qué significa esto en un mundo donde la tecnología avanza apresuradamente?

Actualmente podemos observar el inicio de lo que sería un intercambio de información constante, instantáneo y por medios virtuales. En algunas personas esto ya ha provocado un deterioro en sus capacidades de comunicación verbal por falta de práctica. Si en un futuro esto se concreta, la identidad no se perdería pero sería desarrollada de una manera muy distinta a la actualidad... o quizás no tanto.

Este proceso no debe verse como algo negativo o positivo, estamos viviendo un

periodo híbrido en todos los aspectos económicos, sociales y tecnológicos, y aún es difícil predecir cual será el rol de la humanidad con respecto a la máquina.

Solo espero no molestarme demasiado cuando mi hijo abuse de la comunicación telepática mientras con su rostro complementa los mensajes por medio de gesticulaciones absurdas.

Eric J. Lagarrigue.

Editorial



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Umbral

Revista Literaria

Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

Año 4 - Número 10 - Agosto de 2017

Director: Eric J. Lagarrigue

Editor: Eric J. Lagarrigue

Coeditor: Henry G. Aguilar

Composición y diseño: Eric J. Lagarrigue

Imagen de portada: Jonatan Bedoya

Dirección artística: Silvia Campero

Webmaster: Enrique Lagarrigue

Columnista: Victor A. Hernández

Colaboradores de esta edición

Apache Beltrán Eric J. Lagarrigue

Francisco Vernet Ignacio Castellanos Jonatan Bedoya

Pedro Moreno Mora Silvia Campero

Victor Alex Hernández Victor Pardo

Contacto: sainde.info@gmail.com

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.

Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (*Henry Aguiar S.*) 1

Poesía

Una cruz (*Apache Beltrán*) 3

Presentir
(*Jonatan Bedoya Zapata*) 7

La soledad de mi locura
(*Eric J. Lagarrigue*) 8

Esa maldita manía
(*Pedro Moreno Mora*) 9

Fantasma
(*Jonatan Bedoya Zapata*) 10

Sensaciones 12
(*Silvia Campero*) 11

Cuatro acordes y un final
(*Ignacio L. Castellanos*) 12

No me midas el desespero
(*Pedro Moreno Mora*) 13

Ancora poeta
(*Francisco Vernet*) 15

Misceláneas

Frases Célebres: Isabel Allende
(*Víctor Alejandro Hernández García*) 19

Teatro

La Exagerada: El rey de la selva
(*Víctor Gabriel Pardo*) 17

Cuentos

El herrero y la lechera
(*Ignacio L. Castellanos*) 4



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

Una cruz

Pondré una cruz
en este sitio en el que estamos
para señalar en donde caí inerte
por el puñal de tu adiós.

Aquí donde
estamos ahora los dos
sé que volverás alguna vez
y aquí mismo la podrás ver.

La forjaré
de reforzado acero
y tendrá en un recuadro
la memoria de mi epitafio.

Tendrá esta fecha
como la de mi fallecimiento
y que dije “te quiero” con mi
último aliento.

Aquí la verás y sabrás
que la culpable fuiste tú.
Aquí estará lo que quedó de mí...
en una cruz.



Apache Beltrand

El herrero y la lechera

Al cumplir los trece años, Voram empezaba a ayudar a su padre en la herrería. Ya podía comenzar el aprendizaje de una manera más concienzuda. Hacía todas las tareas desagradables y sucias. Todos los días daba a los fuelles con fuerza para avivar el fuego y calentar el hierro a la temperatura correcta, y al terminar su padre de trabajarlo con el martillo, Voram lo llevaba al agua. Junto a su padre aprendía cómo de caliente debía de estar el metal para trabajarlo, cómo fortalecerlo eliminando las partes débiles. No era un aprendizaje sencillo, pero al menos comenzaba a adquirir una fuerza considerable para poder el día de mañana, golpear el hierro desde el amanecer hasta el anochecer.

Voram no tenía demasiados momentos de desocupación, pero la sangre bajo su piel comenzaba a hervir, y la hija de la lechera empezaba a dirigirle unas miradas más que repletas de futuras promesas, y las fiestas del cambio de estación estaban a punto de comenzar, unas fiestas llenas de pruebas en las que un joven de brazos fuertes y voluntad férrea de herrero como la suya, podía hacer alarde de su habilidad con las pruebas de levantamiento de peso contra otros jóvenes de su edad. Voram no era el más listo de la aldea, era un adolescente, y por lo general un adolescente es idiota, y como ya dije, Voram no era el más listo, pero tampoco era el más tonto, únicamente era un muchacho con la sangre igual de caliente que el fuego de la fragua de su padre, y su voluntad y deseo por hacer que la hija de la lechera lo deseara, hizo que quisiera tomar en apariencia el camino más fácil, por lo que, guiado por las historias de los espíritus burlones seldrin que había oído desde pequeño, fue hasta la caverna que había a los pies de la Montaña Gélida, una caverna que según contaban, era la entrada al inframundo, hogar de los seldrin más ligados a los deseos humanos. Voram entró, e imploró que lo ayudaran. Un seldrin de aspecto frágil pero terriblemente bello, se le apareció a orillas de un pequeño estanque subterráneo. Le acarició con su

mano su cara, y le susurró al oído:

Ve con tu amada, pues no podrá resistirse ni a tus abrazos ni a tu mirada.

Voram, loco de contento, corrió hacia el comienzo de las festividades. Tras realizar auténticas proezas con el levantamiento de pesos, se encontró tras unos fardos de heno y unos cuernos repletos de sidra, con la bella hija de la lechera en sus brazos, llenándola de besos y caricias, hasta que la joven tuvo que partir no sin antes hacerle prometer a Voram que volverían a encontrarse.

Hinchado de orgullo, Voram volvió a su casa con su padre. Llamó a la puerta y apareció su padre con el rostro grave mirándolo desde arriba bajo unas cejas gruesas y negras. Pero no le dejaba entrar, ni le saludaba, únicamente lo observaba.

—¿Padre?

—¿Padre? Yo no soy tu padre, vuelve a casa muchacho, es tarde, tu familia estará preocupada.

Tras estas extrañas palabras, el padre de Voram desapareció tras la puerta. Compungido y algo espeso por la sidra, Voram cayó al suelo, La gente que se encontraba por el camino no lo saludaba ni parecía reconocerlo ¿qué ocurría? Ayudado por una antorcha se dirigió a un barril con agua, observó su rostro y se apartó horrorizado, no era su cara, era bella sin duda, bella como la de un seldrin, pero no era la suya, la hija de la lechera no lo había amado a él, ni deseaba volver a verlo, ella únicamente quería volver a ver el rostro que le devolvía la mirada desde el reflejo del agua.

Con lágrimas deslizándosele por las mejillas, y la antorcha en su mano derecha, fue tambaleándose hasta la caverna de los seldrin a los pies de la Montaña Gélida. Se acercó a la orilla del estanque negro, llamó a los seldrin, pero ninguno apareció. Se tumbó y posó la antorcha a su lado hasta que se apagó, y arrodillado pidió que le devolvieran su rostro, pues, ¿de qué le servía ser amado si no era a él a quien iban dirigidos los deseos y ni su propio padre lo

reconocía? Así, llorando y rogando, se durmió.

Finos rayos provenientes del cálido sol del verano comenzaron a colarse por la entrada de la gruta. Calentaron la cara de Voram. Al despertar se preguntó si todo había sido un sueño. Se miró en el río cercano a la montaña, y vio que su rostro era el de siempre. Volvió corriendo a la fragua. Su padre le estaba esperando. Le preguntó con el ceño fruncido en qué montón de estiércol o heno había pasado la noche. Luego, su padre le relató una extraña historia en la que un joven forastero había llamado a su puerta en mitad de la noche. Fue en ese instante cuando Voram se dio cuenta de que nada de lo ocurrido la noche de las festividades, había sido un sueño.



Ignacio Castellanos
Asturias, España, 1988

Presentir

Eran eso de las once de la mañana, el sol vibraba en su eterno devenir, en ese constante colapso en el que se destruía poco a poco, la brisa golpeaba su rostro junto a la ventana dibujando su melancolía, viajaba a las tierras que lo vieron crecer, lejos de ella, de quien se había despedido unos minutos atrás y de quien estaba enamorado, pero que sentía justo en ese momento que perdería, pues desde su entender trataba de conocer los corazones jóvenes de esa época y presentía el final para ambos, se sentía cansado del esfuerzo desbalanceado y le afligía pensar en si de verdad era querido o solo era visto como un escape a la soledad. El cielo estaba cargado de nubes que como gigantes vagaban al ritmo de los vientos, Titanes que le recordaban su lucha y con los que compartía su viaje el hombre era aflicción y había estado en un sueño.



Jonatan Bedoya Zapata
Ibagué, Tolima, Colombia



La soledad de mi locura

Cuando era un niño pensaba que ser grande era una tarea difícil, que implicaba una serie de cambios y de honrosas responsabilidades, pero ahora que soy mayor me siento despojado de aquellas sensaciones: No me siento distinto, ni me siento independiente, no me siento dueño de mis actos y apenas de mis pensamientos. Camino cegado por el inerte deseo de vivir. Sintiendo el reloj frenar en cada segundo. Permitiendo que solo la soledad me acompañe en este viaje interminable.

Creía que al ser grande sería menos tonto pero en realidad solo me haría ver menos tonto. Y ahora quiero llorar, pero no puedo, ya no recuerdo cómo hacerlo.



Eric J. Lagarrigue



Fantasma

Las lágrimas salieron, ninguno de los dos lo dijo, pero él lo entendió todo, algunos recuerdos son más fuertes que uno mismo aun si son ajenos, no le gustaba, sintió todo el peso de mundo en su pecho y allí, de nuevo volvió a caer, una vez más era él, el desconsolado, el mendigo, aquel niño que vislumbraba universos en migas y que irremediamente se negaba, eso le dolía, vivir en corazones rotos que no lo acogían por ser él, sino por olvidar quienes fueron ellos o intentar recordar.

Las lágrimas salieron y no eran de él, pero lo eran, porque lo inundaron, había un fantasma ajeno en su imagen, y se odió, aquel recordatorio le abrió los ojos, lo sacó del sueño.



Jonatan Bedoya Zapata
Ibagué, Tolima, Colombia

Cuatro acordes y un final

Escala mis ojos, pide un deseo,
dime a dónde debo ir.

Bajo un cielo muerto
recuerdo la ceniza
y el grito desgarrado,
la bruma del suspiro,
todo empieza a arder en la oscuridad,
los colmillos afloran sobre el rojo y el blanco de la caverna,
un simple echarse, incorporarse, abrazarse y estremecerse,
siempre igual, entre dos, infinito dar que dura un instante.

Mañana todo empezará
con un final

Son las escaleras las que arrastran
los aullidos de unos labios rotos,
todo empieza por un final,
la sonrisa en la oscuridad, llega con el amanecer.

Nunca estuviste perdido,
los fantasmas gritan tras paredes viejas,
el óxido de las verjas acompañan las losas del camino.

Mañana todo empezará
con un final.



Ignacio Castellanos

Asturias, España, 1988

No me midas el desespero

No me midas el desespero
puedo hablar muy ligero
y herirte donde más duele
y suspender tu vuelo
me puedo olvidar de todo
hasta de tu recuerdo
te puedo decir ya no te quiero
yo no soy un limosnero.

No me midas el desespero
puedo correr hasta el mirador
y no ser tan sincero
puedo decirte no te quiero
pero sintiéndote en el corazón
me quedo corto de reflexión
hoy solo soy una emoción.

No me midas el desespero
puedo perderme del todo
irme bien lejos
y no llevar tus recuerdos
hacer como si no existieras
y borrar todo lo vivido
a veces sufro de amnesia
por favor, quédate en mi memoria
haz más profunda la huella.

No me midas el desespero
puedo irme a la montaña
y quedarme para siempre
allá encontraré un lucero
que me ilumine en octubre,
noviembre y diciembre.

No me midas el desespero
te puedo decir no te quiero
sintiendo que te quiero
vos sabes que mi corazón siente.



Pedro Moreno Mora

Ancora poeta

*P*oeta de contrastes, mendigo de aplausos!

De entre tiempos y alegatos, a destiempo, un mal verso pensamiento grita, y finito, pretende regular la caída. Caída, entre espacios, que finitos se pierden, y el tiempo, que, en segundos fastidia tu corporeidad. Es, inútil, la necedad invita... y en el vuelo, vuelvo del tope al fondo, en donde, arriba eras uno, y ahora, en el estrépito del choque contra del asfalto, eres otro. ¡Nada! Es inútil... ni la noche, ni su rima... evitan tu desplome, ahora eres carne al aire, materia de nada, y nada... en la noche.

Solo quedan, pedazos de putrefacta calamidad dispersa, vacua y finita evocación de lo que eras... y querías ser, y que ahora, sí, ancora, añorando gritan tu desparpajada venida. ¡Caída! Avenida de luces, tránsito que te evita, e invita a ignorarte ¡Flagrante idiota! Olvidado bohemio de versillos, escritos entre clonacepam, cigarrillos... si, pitillos de estanquillos baratos. ¡Papelones de arroz! Pitillos enmohecidos y humedecidos en alcohol del 96, que se evapora de tu ánfora culetona, al eco que su misma vacuidad provoca, y que en sí misma chapotea burlona de tu verbigracia. ¡Obras de poca que monta! Lecturas intrincadas de fonemas, que pocos atienden, y que al final, solo tú, valoras.

!Poeta de contrastes, mendigo de aplausos!

!Risotadas en escenas cotidianas...!

Comunitario de poemas, en poemarios de repetidas y epopeyas cantadas de cansadas desgastadas hazañas, entre molinos, caballeros y doncellas... ¡Dulcineas deseadas, y apenas a puñetas llegas! Apenas blandiendo de tinta la punta de tu pluma; plumaje herrario, de ligero mango niquelado, coronado con la estrella de pica estela, inerte, inmersa en piedra plástica acristalada.

Baratijas ... !Poeta de contrastes, mendigo de aplausos! Que hoy, a primera plana ... por fin, eres noticia. En pobre nota corta, que en sudario de cansadas letras dice: "06 am, tirado y mancillado, reconocido, y en pedazos, que de una nota olvidada en el fondo de la bolsa de la chaqueta, hoy, saltas del olvido a la fama."

!Poeta de contrastes!

De la noche, y la de caída, hoy, ancora... te leo en la avenida.



Francisco Vernet

Ciudad de México, México - 1964

La Exagerada: "El rey de la selva"

Radioteatro

Se escucha motor de auto.

Exagerada: Ahí viene el tarado. A ver si esta vez se despierta.

Se escucha canto de pájaros. Se escucha ruido de cerradura.

Roberto: Holaaa...

Se escucha gruñido. Roberto grita. Se escuchan pasos rápidos. Se escucha golpe seco y ruido de vidrios que se rompen.

Roberto: ¡¿Qué esto?! ¡¿Qué es esto?!

Exagerada: La presa se interna en una región peligrosa de la selva.

Roberto: ¡Mi amor, ¿sos vos?! ¡¿Adónde estás?!

Exagerada: Emite su característico llamado esperando atraer a su hembra.

Roberto: ¡¿Adónde carajo estás?!

Se escucha canto de pájaros.

Roberto: ¡¿De dónde salió todo este matorral?! ¡Y el animal ése...!

Se escucha rugido. Roberto grita.

Exagerada: El macho debe demostrar su valentía si quiere ganar su derecho a aparearse.

Se escucha canto de pájaros.

Roberto: ¡¿Qué?!

Exagerada: Y la hembra espera una ofrenda que la convenza, como la piel o los colmillos de un animal peligroso.

Se escucha rugido.

Roberto: ¡Esto es un peligro! ¡Hay que llamar a emergencias! ¡Vení y ayudáme, ¿querés?!

Exagerada: Pero la hembra pronto pierde el interés por el macho, el cual no parece tener los genes que ella quisiera pasarle a su descendencia.

Roberto: ¡¿De qué mierda estás hablando?!

Se escuchan pasos. Se escucha ruido de cerradura.

Roberto: ¡Mi amor!

Se escucha canto de pájaros y pasos.

Roberto: ¡¿Adónde te vas?!

Se escucha ruido golpe fuerte sobre madera.

Roberto: ¡Me dejó! ¡La hija de puta me dejó!

Se escuchan pasos.

Exagerada: Ni de Tarzán sabe hacer el pelotudo éste.

Se escucha rugido. Roberto grita.

Fin



Victor Gabriel Pardo
Buenos Aires, Argentina



Frases célebres

Estimados amigos.

El próximo 2 de agosto cumplirá 75 años la escritora de nacionalidad chilena y estadounidense, nacida en Perú, Isabel Allende. Poco puedo yo contarles que ustedes no sepan ya de esta autora de superventas, así que me voy a limitar en esta ocasión a narrarles mi experiencia personal a raíz de la lectura, hace unos años, de su libro de relatos titulado *Cuentos de Eva Luna* (1989, Plaza & Janés).

Los que amamos el noble arte de escribir sabemos que como lectores existe un antes y un después al momento en que por primera vez nos sentamos ante un folio en blanco. En otras palabras, no leemos igual, de la misma manera, una vez intentamos ser escritores. Es la metáfora del relojero. Todos sabemos interpretar la hora en un reloj pero el relojero, además, gusta de despiezarlo para comprender sus mecanismos.

Algo parecido me ocurrió a mí con la lectura de esta obra. Me obsesioné por intentar comprender los mecanismos que Allende utilizó para que su "reloj" me provocara como lector las emociones que experimenté. No estoy seguro de haber tenido éxito en aquella labor analítica, pero de lo que no me cabe ninguna duda es de que la lectura de *Cuentos de Eva Luna* influyó para siempre mi escritura. Entre otras muchas lecciones, Allende me enseñó la importancia que tiene la primera frase de un relato.

Como muestra, aquí les traigo unas citas que en su día subrayé en el ejemplar que descansa aún en mi mesilla de noche; todas ellas del citado libro, todas ellas siendo las primeras frases de un maravilloso relato.

"Eran tiempos muy duros en el sur, no en el sur de este país, sino del mundo, donde las estaciones están cambiadas

y el invierno no ocurre en Navidad, como en las naciones cultas, sino en la mitad del año, como en las regiones bárbaras". Cuento: Boca de sapo.

"Clarisa nació cuando aún no existía la luz eléctrica en la ciudad, vio por televisión al primer astronauta levitando sobre la superficie de la luna y se murió de asombro cuando llegó el Papa de visita y le salieron al encuentro los homosexuales disfrazados de monjas." Cuento: Clarisa.

"La maestra Inés entró en La Perla de Oriente, que a esa hora estaba sin clientes, se dirigió al mostrador donde Riad Halabí enrollaba una tela de flores multicolores y anunció que acababa de cercenarle el cuello a un huésped de su pensión." Cuento: El huésped de la maestra.

"Tenía el nombre de Belisa Crepusculario, pero no por fe de bautismo o acierto de su madre, sino porque ella misma lo buscó hasta encontrarlo y se vistió con él". Cuento: Rolf Carle.



*Victor Alejandro
Hernández García*

La Palma, Canarias, ESPAÑA - 1978